



La literatura, el misterio, la fantástica y los placeres del pensamiento

Joan Manuel Gisbert

Si a una persona cualquiera, elegida al azar, le preguntamos qué son los placeres del cuerpo, seguro que será capaz de respondernos. Sus explicaciones podrán ser más o menos extensas, elaboradas, simples, instintivas, matizadas, complejas, primarias o exquisitas, pero tendrá ideas definidas, hechos a los que referirse, huellas abundantes en la memoria. Se expresará con la seguridad de quien sabe de qué habla.

Obtendremos un resultado muy distinto si abordamos a los ciudadanos y les preguntamos qué son, a su entender, los placeres del pensamiento.

Muchos, según hemos comprobado, se quedarán sorprendidos al oír la pregunta. Algunos nos pedirán que se la repitamos, y lo haremos, pero no por ello saldrán de dudas. Bastantes se encogerán de hombros y se alejarán sin dar respuesta alguna. Otros dirán, tras mucho pensarlo, como si quisieran acertar en una prueba para la que no se han preparado, vaguedades del tipo: «Pues, no sé, estudiar,

aprender cosas, ver documentales... todo eso, ¿no?» Pero lo dirán más con cara de fastidio que de satisfacción, sólo para salir del paso.

Serán más bien pocos los que se refieran, con el rostro iluminado, a la emoción que producen los encuentros con músicas que se escuchan desde hace siglos; o al bienestar mental que nos queda después de haber resuelto un sugerente y atractivo enigma, una adivinanza poética o un problema de lógica que por juego alguien nos había planteado; o al placer que causa dejar que nuestra imaginación abra sus espacios y sus formas gracias a algún estímulo sugerente. Y con decir esto sólo hemos dado unos pocos ejemplos entre los muchos posibles.

Y quizá tampoco serán mayoría entre los preguntados quienes sepan que entre los más asequibles, completos y satisfactorios placeres del pensamiento están los que nos procura la lectura literaria que, cuando lo es de verdad, consiste en una especie de creación artística compartida que el lector y el autor hacen a través del tiempo. En esa actividad entra en juego una amplia gama de nuestras funciones mentales superiores. Si la obra elegida está en consonancia con nuestros deseos y posibilidades, y es verdaderamente literaria, el placer que alcanzaremos podrá tener una intensidad muy grande, como todo buen lector bien sabe.

Y si a todo ello se le añade el perfume del misterio y la fantasía, y aceptamos su sugerente influencia y nos dejamos seducir por sus incógnitas, podremos ascender hasta peldaños aún más altos.

El misterio, como desafío libremente elegido, como reto intelectual libre de inquietud o angustia, es una segura fuente de satisfacciones mentales de todo orden. Y no hay que olvidar que los placeres del pensamiento pueden ser tan intensos y deliciosos, o más, que los del cuerpo (aunque todos están neurológicamente conectados y alimentan un proceso único, pueden ser diferenciados por la causa principal que los origina).

En las artes narrativas son muchos los ropajes con los que el misterio puede revestirse y muy diversos sus modos, temas, atmósferas y materias. Hay muchos misterios menudos, meramente ingeniosos,

J. M. Gisbert: *El secreto del hombre muerto*.
 Madrid, Alfaguara Juvenil, 2004, 144 pp.
 Ilustraciones de Francisco Solé.



policíacos, de simple intriga argumental, pero el gran placer del misterio en literatura puede llegar a su máxima expresión cuando las propuestas del texto tienen que ver con los misterios más altos y profundos, con los muchos aspectos aún desconocidos de la realidad, con las realidades que están aún por crear o descubrir.

Las líneas curvas de un inmenso interrogante forman parte esencial del dibujo de la vida. Personalmente, misterio es una de mis ocho o diez palabras preferidas, en cualquier lengua del mundo, por el amplio concepto que encarna y por lo fecunda que es su relación con la ciencia, las artes y la literatura. Y también por una razón suprema y definitiva: Misterio es uno de los siete sinónimos secretos de Universo.

Por otra parte, toda persona merece y necesita disfrutar de los goces y emociones de la fantasía, desde sus primeros y entrañables deleites en la infancia hasta las más extraordinarias ideas que la imaginación fantástica pueda hacerle concebir en los años jóvenes y en toda su vida adulta.

Todo niño tiende a habitar e iluminar los espacios de su fantasía porque una parte de su ser vive allí y le espera. Y para conseguirlo necesita de estímulos adecuados y limpios que le ayuden a dar forma a lo que está dentro de él y debe llegar a la existencia.



J. M. Gisbert: *Los espejos venecianos*.
Madrid, Edelvives, Colección Alandar, 2002, 136 pp.

Es, en el fondo, una cuestión de supervivencia porque albergamos mundos y espacios que forman parte de nosotros de manera inseparable. Sin las salidas que nos brinda la imaginación, quedarían asfixiados. Así como necesitamos soñar cuando dormimos, aunque no nos demos cuenta de que lo hacemos, para mantener el equilibrio de la mente también nos es indispensable alimentar nuestra dimensión imaginaria.

La fantástica nos abre caminos nuevos, tiende puentes de luz, da lugar a ensoñaciones conmovedoras, admite en su seno las preguntas fundamentales. Y no debe reducirse a ser un mero entretenimiento evasivo o, peor aún, un engañoso sucedáneo de la realidad, porque su función es precisamente la contraria: abrir la realidad de nuestra vida a todo aquello que, por medio de la imaginación, pueda enriquecerla a través de los diversos planos de la existencia y el conocimiento.

Y de nuevo cabe afirmar, sin exageración gremial, que una de sus principales vías de alimentación es la lectura literaria, gran incitadora a la expansión mental creadora. En efecto: por mucho que sea lo que un texto ofrezca, contenga y aporte en sí mismo, quien de verdad le confiere tiempo, espacio, formas, imágenes, emociones y sentido es el lector. La obra va cobrando existencia verdadera en el espacio mental de quien la lee, dentro de su ser, no en una pantalla u otro lugar externo a él.

Por ello, cuando un lector, pasado el tiempo, rememora escenas o momentos de los libros de narrativa que más lo conmovieron, impresionaron o influyeron tiene la sensación de haber estado plenamente, con presencia verdadera, en los lugares en que transcurren las escenas inolvidables de sus obras preferidas. Y eso fue en realidad lo que ocurrió porque cada uno de nosotros está en cada momento allá donde está su pensamiento. Y la literatura nos concede, como ninguna otra de las artes narrativas, esa privilegiada condición de coautores y, a la vez, de exploradores de hechos y espacios imaginarios que se nos ofrecen como propios.

A lo largo de la vida, el lector disfruta descubriendo y dando lugar en su memoria a todas esas regiones, vivencias y conocimientos que mejor le muestran que la realidad y el pensamiento se mueven en muy diversos planos, situaciones y escenarios, porque la realidad misma es un territorio de ámbitos y fronteras siempre cambiantes.

Somos seres capaces de concebir ideas inauditas, de alumbrar visiones extraordinarias, de imaginar lugares fabulosos, de emocionarnos ante toda clase de situaciones nacidas en la tierra fértil del pensamiento creativo. Habitamos cada noche la región de los sueños, tenemos un ilimitado espacio mental en el que proyectar y hacer visible lo que está más allá de la realidad inmediata y cotidiana. Tanto si dormimos como si estamos despiertos, tras la sutil frontera de los párpados tenemos todo un mundo por descubrir y explorar, y sus límites, si los tiene, nos son desconocidos.

Desde el fondo de las páginas de algunos libros nos llegan las llamadas que esperamos. Si tenemos el ánimo y la sensibilidad dispuestos, no nos pasarán inadvertidas.

Por todo ello, si a alguien que conoce por experiencia propia los goces de la literatura le pedimos que nos hable de los placeres del pensamiento tendrá muchas cosas que decirnos.

Joan Manuel Gisbert.
Escritor, Premio Nacional
de Literatura Infantil y Juvenil.